

Angélica, á pesar de su alegría expansiva, gustaba de la soledad, y por la mañana y por la noche la complacía, como si se tratase de una verdadera diversión, estar sola en su cuarto, en el cual se distraía saboreando las fantasías de sus ensueños. Muchas veces, durante el día, se escapaba un instante para ir á su cuarto, y gozaba con ésto como si se tratase de una fuga, en plena libertad.

El cuarto, muy grande, era una verdadera guardilla ocupando la mitad del alero; la otra mitad era la guardilla trastera. Todo estaba en calado: las paredes, las vigas, los cabriales aparentes de lo aguardillado; en aquella blanca desnudez los muebles de encina parecían negros. Cuando se renovó el salón y la alcoba del principal, se subieron á la guardilla los muebles antiguos, que eran de diversas épocas: había un arca del Renacimiento, una mesa y sillas Luis XIII, una gran cama Luis XIV, y un bonito armario Luis XV. Disonaban entre aquellas vetusteces venerables, la estufa de porcelana blanca y el lavabo que era una mesita cubierta con un hule.

Cubierta con una antigua tela de indiana color de rosa, con ramos de brezo, tan lavada que resultaba de un color rosado desteñido que apenas se advertía, la enorme cama conservaba la majestad de sus muchos años.

Pero lo que gustaba á Angélica era el balcón, en el cual se abría la ventana. De las dos ventanas de antaño, una, la de la izquierda, había sido condenada, y el balcón, que antes se extendía á lo largo de la fachada, no servía ahora más que para la ventana de la derecha. Como las vigas eran buenas todavía, se había puesto un entarimado, y encima se había atornillado un pasamanos de hierro, en vez de la antigua balaustrada podrida, formando un rincón encantador, como un nicho, bajo la punta del frontón, cerrado con latas de las que sirven para empizarrar, renovadas á principios del siglo actual. Asomándose á la ventana, se veía toda la fachada que daba al jardín, toda ella muy vieja, con su basamento de piedras talladas, sus pies derechos adornados con ladrillos aparentes, y sus anchos vanos, ahora estrechados y reducidos. La puerta de la cocina tenía un tejadillo cubierto con zinc. Arriba, las vigas del alero que se adelantaban un metro, y se apoyaban en pies derechos que partían del piso bajo. Resultaba con todo esto el balcón como empotrado entre una vegetación de vigas; parecía el fondo de un bosque de maderas viejas en que verdeaban el girasol y la hiedra. Desde que ocupaba aquel cuarto, en él había pasado Angélica largas horas, apoyada en el pasamanos y mirando. Primero, por debajo de ella, como que se hundía el jardín que grandes bojes ensombrecían con su eterna verdura; en un ángulo, junto á la iglesia, un ramo de pobres lilas rodeaba un viejo banco de granito, y en el otro ángulo, medio oculto por una hiedra cuyo ancho manto cubría toda la pared de enfrente, había una puerta que se habría sobre el Cercado de María, gran terreno inculto que antiguamente había sido el jardín de los monjes, y que cruzaba un arroyo, el Temblón, donde las mujeres de

Las casas vecinas tenían permiso para lavar la ropa: algunas familias pobres se albergaban en las ruinas de un molino viejo, hundido, y nadie más vivía en aquel campo, que comunicaba con la calle de Guerdaches por un callejón que serpeaba entre los altos muros del Palacio episcopal y el palacio Voincourt. En verano, los olmos seculares de los dos parques limitaban con las cimas de su follaje el estrecho horizonte, cerrado al mediodía por la gigantesca bóveda del coro de la iglesia. Rodeado por todas partes el cercado de María, dormía en la quietud de su abandono, invadido por la broza y lleno de álamos y sauces sembrados por el viento. El Temblón saltaba entre guijarros cantando con una música continua de cristal.

Nunca se cansaba Angélica de mirar aquel rincón perdido, á pesar de que durante siete años no veía más que el mismo espectáculo todos los días. Los árboles del palacio Voincourt, cuya fachada daba á la calle Mayor, eran tan frondosos, que solo en el invierno lograba ver á la hija de la condesa, Clara, una joven de su edad. En el jardín del Palacio episcopal la frondosidad era mayor todavía, y en vano había intentado ver la sotana morada de Monseñor; en cuanto á la antigua verja con persianas de hierro que daba al Cercado, debió haber sido condenada hacía mucho tiempo, porque no recordaba haberla visto entreabierta una sola vez, ni para que pasara un jardinero; fuera de las pobres mujeres que lavaban, no se veía más que á chiquillos llenos de andrajos, tendidos entre la maleza.

La primavera de aquel año fué de una dulzura exquisita. Angélica tenía ya dieciseis años, y hasta entonces sus miradas sólo se habían recreado viendo reverdecir el Cercado de María á la luz clara del sol de Abril: la aparición de los rebrotes, la transparencia de las noches tibias, toda esa renovación bien oliente de la tierra, la divertía sencillamente. Pero aquel año, al primer botón que apareció, su corazón empezó á latir.

Surgió en su interior como una gran emoción desde que empezaron a brotar las hojas y el viento hizo llegar hasta ella el fuerte olor de los verdes árboles. Sentía angustias repentinas, sin motivo, que la ahogaban. Una tarde se arrojó en brazos de Hubertina llorando, sin motivo alguno de pena, antes bien feliz, y con una felicidad tan honda y desconocida, que todo su ser parecía fundirse en ella. Sobre todo, durante la noche tenía sueños deliciosos; veía pasar sombras y se sentía desfallecer entre éxtasis que no se atrevía á recordar al despertar, avergonzada de la felicidad que la daban los ángeles.

Otras veces, acurrucada en su enorme cama, despertaba sobresaltada, las manos cruzadas y apretadas contra el pecho, y tenía que andar con los pies desnudos por las baldosas frías del cuarto, del ahogo que le daba, y corría á abrir la ventana, y allí se quedaba arrobada, fuera de sí, en aquel baño de aire fino que la calmaba. Era como un embeleso de todos los instantes, una sorpresa siempre renaciente, al no reconocerse y sentirse como agrandada entre penas y goces que ignoraba: todo el florecimiento encantador de la mujer.

Sí realmente las lilas y los citisos del jardín episcopal olían tan bien, que no podía aspirar su perfume sin que subiera á sus mejillas una ola rosada. Nunca había advertido aquellos perfumes tan tibios que ahora le bañaban con un aliento vivo. Lo mismo le pasaba con una paulonia florida, cuyo enorme ramo violado aparecía entre dos olmos del jardín de Voincourt.

Aquel año, en cuanto lo miraba, una profunda emoción humedecía sus párpados; tanto le llegaba al corazón aquella palidez violada! Tampoco recordaba haber oído al Temblón hablar tan fuerte, saltando sobre los guijarros, entre los juncos de las márgenes. Seguramente hablaba el arroyo; y le oía decir palabras vagas, siempre repetidas, que la llenaban de turbación. ¿Por ventura no era aquel el mismo campo de antes, que ahora todo le sorprendía y tomaba sentidos nuevos? ¿O es que era ella

la que cambiaba para sentir, ver y oír como en él germinaba la vida?

Más la sorprendía la Catedral á la derecha, la masa enorme que ocultaba el cielo. Cada mañana le parecía verla por vez primera, maravillada con su descubrimiento y comprendiendo que aquellas piedras viejas amaban y pensaban como ella. Todo esto sin razonarlo, porque no sabía nada, sino que se abandonaba por entero al vuelo místico de la gigante mole, que había necesitado tres siglos para nacer, y en la cual se habían depositado las creencias de las generaciones, unas encima de otras. Abajo, arrodillada, aplastada por la plegaria, en las capillas romanas del contorno y en las ventanas de medio punto desnudas, sin más adorno que unas columnitas muy delgadas bajo las archivoltas. Luego, como levantada en alto, con la cara y las manos alzadas al cielo, en las ventanas ojivales de la nave, construidas ochenta años más tarde, con sus altos ventanales ligeros, divididos por montantes que sostenían arcos truncados y rosetones. Y luego, dejando la tierra, arrebatada, muy erguida con los contrafuertes y los botareles del coro, rehechos y adornados dos siglos más tarde, en pleno llameo gótico, cargado de espadañas, agujas y pináculos. Tenía gárgolas, al pie de los arbotantes ó botareles, para la bajada del agua de los tejados. Se había añadido una balaustrada con arcos trevolados que daba vuelta á la azotea sobre las capillas del ábside. El alero también estaba adornado de florones. Y todo el edificio florecía á medida que se acercaba al cielo, en un ímpetu continuado, libre ya del antiguo terror sacerdotal y yendo á perderse en el seno de un Dios todo amor y caridad. Y Angélica sentía la sensación física de todo esto, y le parecía que la aliviaba y la hacía más dichosa, como si cantase un cantico que subiera, subiera muy puro y delicado hasta perderse en las alturas.

Además, la Catedral vivía. Centenares de golondrinas habían edificado sus nidos bajo la cintura de los arcos

trebolados y hasta en los huecos de las espadañas y los pináculos, y de continuo, á bandadas, rozaban los botareles y los contrafuertes poblados de ellas. Luego había los gorriones de los olmos del Palacio episcopal, que se paseaban muy tiesos por el borde de las azoteas con paso menudo. A veces, casi confundido con el azul del cielo, un cuervo, que parecía del tamaño de una mosca, alisaba sus plumas en la punta de una aguja de piedra.

Luego las plantas, una flora entera, los líquenes, las gramíneas que brotaban en las grietas de las murallas y animaban todas aquellas viejas piedras con el sordo trabajo de sus raíces. Los días en que llovía mucho, el ábside entero despertaba y gruñía, en el ronquido del agua que caía sobre las hojas de plomo del alero, se vaciaba por las atarjeas de las galerías y saltaba de piso en piso con el ruido de un torrente desbordado. Hasta los vientos terribles de Octubre y de Marzo le daban un alma, una voz de cólera y de queja, cuando soplaban á través de aquel bosque de frontones y arcadas, rosetas y columnitas. Finalmente, el sol le hacía vivir con el fuego moviente de su luz, desde la mañana en que la rejuvenecía de alegre color rojo, hasta la noche en que, bajo sombras que poco á poco iban creciendo, le anegaba en lo desconocido. Y tenía su existencia interior, como el latido de sus venas: las ceremonias en que vibraba toda entera con la algazara de las campanas, la música de los órganos y el canto de los sacerdotes.

Siempre la vida latía en ella: rumores perdidos, el murmullo de una misa, el arrodillarse ligero de una mujer, un estremecimiento apenas advertido, el ardor devoto de una oración pronunciada sin palabras, con la boca cerrada.....

Ahora que los días crecían, Angélica, mañana y tarde, pasaba largas horas asomada al balcón, al lado de su buena amiga la Catedral: la quería más por la noche, cuando no veía de ella más que la masa enorme desta-

cándose en conjunto sobre el cielo estrellado. Los planos se perdían, y apenas distinguía los botareles, que parecían puentes tendidos sobre el vacío. Sentíala despierta en las tinieblas, llena de la somnolencia de siete siglos, grande con la grandeza de las multitudes que ante sus altares habían esperado y desesperado durante tantos siglos. Era como un velar continuo, que venía de lo infinito del pasado, yendo á la eternidad del porvenir; velar misterioso y terrible de una mansión donde Dios no podía dormir. Y en la masa negra, inmóvil y viva, sus miradas iban siempre á la ventana de una capilla del coro, encima de los arbustos del Cercado de María, única que permanecía encendida, como ojo que mirase vagamente en la noche. Detrás de un pilar ardía una lámpara del santuario. Esta capilla era precisamente la que los abades de otro tiempo habían dado á Juan V de Hauteceur y á sus descendientes, con el derecho de sepultura, en recompensa de su longanimidad. Estaba consagrada á San Jorge, y tenía una vidriera del siglo XII, en que estaba pintada la leyenda del Santo. Desde el crepúsculo la leyenda surgía luminosa de la sombra, vívida como una aparición. Por esto Angélica, los ojos soñadores y arrobados, adoraba en aquella ventana.

El fondo de la vidriera era azul; los bordes, rojos. Sobre aquel fondo lleno de sombría riqueza, los personajes cuyos vestidos flotantes indicaban apenas las líneas desnudas del cuerpo, resaltan en tintas vivas, hechas con vidrios pintados, sombreados de negro por los plomos.

Tres escenas de la leyenda, una encima de otra, llenaban el ventanal hasta la archivolta.

Abajo, la hija del Rey saliendo de la ciudad en traje real para ser devorada, y encontrando á San Jorge cerca del estanque, del cual sale la cabeza del monstruo, y en una banderola la inscripción:

«Buen caballero, no muéras por mi causa, porque no podrás librarme; antes bien, conmigo perecerás.»

«En el centro, el combate; el Santo á caballo atravesando de parte á parte al monstruo, con la siguiente inscripción:

«Jorge blandió de tal modo su lanza, que atravesó al dragón y lo derribó en tierra.»

Finalmente, en lo alto, la hija del Rey llevando á la ciudad el monstruo vencido.

«Y Jorge dijo: «Echale tu cinturón al cuello y no dudes de nada, joven bella.» Y en cuanto lo hubo hecho, el dragón la siguió como perro obediente.»

Cuando se hizo la vidriera, debió tener, en el arco de medio punto, un motivo de adorno, que más tarde, y cuando ya la capilla fué de los Hauteceur, fué sustituido por su escudo. Por esto en las noches oscuras brillaban por encima de la leyenda armas más modernas, resplandecientes. El escudo estaba en cuarteles: uno y cuatro de Jerusalén, dos y tres de Hauteceur; aquél de plata, con la cruz en forma de T de oro, cantonado con cuatro crucecitas de lo mismo; éste de azul, con fortaleza de oro y escudo de sable con el corazón plateado en el centro, todo ello acompañado de tres flores de lis, de oro, dos tendidas y una en punta. El escudo estaba sostenido á derecha é izquierda por dos quimeras de oro, y encima, en medio de un plumero de azul, tenía el casco de plata, damasquinado de oro, abierto de frente y con las once celadas, que es el casco de los duques, mariscales de Francia, señores feudales y jefes de compañías soberanas. Y por divisa: *Si Dios quiere, quiero yo.*

Poco á poco, de tanto verle atravesando al monstruo con su lanza, y á la hija del Rey levantando las manos plegadas, Angélica se había enamorado de San Jorge.

Desde aquella distancia no distinguía bien las figuras, y las veía agrandadas como en sueños; la joven delgada, rubia, con su misma cara, el Santo cándido y soberbio, bello como un arcángel. Era ella misma la que iba á li-

bertar, y, á poder, le hubiese besado las manos de gratitud.

A aquel lance que ella soñaba, confusamente; á aquel encuentro á orillas de un lago; á aquel grave peligro, del cual la sacaba un joven más hermoso que el día, mezclábase el recuerdo de su excursión al castillo de Hauteceur, la evocación entera del castillo feudal, poblado de los poderosos señores de antaño. Las armas lucían como una estrella en noche de verano, bien conocidas de ella, que las leía de corrido, con sus palabras sonoras, como acostumbraba á bordar con frecuencia blasones. Juan V andando de puerta en puerta por la ciudad, diezmada por la peste, y subiendo para besar á los moribundos en la cara y curarles, sólo con decir: *Si Dios quiere, quiero yo*. Feliciano III, sabedor de que una enfermedad impedía á Felipe el Hermoso ir á Palestina, yendo en su lugar, con los pies desnudos y un cirio en la mano, lo que le había valido el honor de ostentar en su escudo las armas de Jerusalén. Y otras historias y otras surgían, sobre todo, las de las damas de Hauteceur, las Muertas bien aventuradas, como las llamaba la leyenda. En aquella familia las mujeres morían jóvenes, en la plenitud de la dicha. A veces se salvaban durante dos ó tres generaciones; pero luego reaparecía la muerte, sonfiente, y se llevaba con sus manos dulces y amorosas á la hija ó la esposa de un Hauteceur, las más viejas á los veinte años y en el instante de saborear una gran felicidad de amor. Laura, hija de Raul I, el día de sus desposorios con su primo Ricardo, que vivía en el castillo, se asoma á la ventana, ve á su amado en la suya, cree que la llama, y como un rayo de luna tendía como un puente de claridad entre los dos, échase á andar hacia él; pero ya en mitad del camino, con la prisa, un mal paso la hace desviarse del rayo de la luz, cae y se hace pedazos al plé de las torres. Y tan cierto es ésto, que desde entonces, las noches en que la luna es muy pura, Laura anda por los airés alrededor del cas-

tillo que baña de luz, con roce silencioso, su vestidura imensa.—Balbina, mujer de Heriberto VII, cree durante seis meses que su marido ha muerto en la guerra, y luego una mañana en que de lo alto de la torre del Homenaje le ve á lo lejos, en el camino, que vuelve, baja corriendo, con tal embriaguez de alegría, que la mata en el último peldaño de la escalera; y hoy mismo, á través de las ruinas, en cuanto empieza el crepúsculo, baja todavía y se la ve correr de piso en piso, deslizarse por los corredores y las habitaciones, y pasar como una sombra por detrás de las vanajas hendidas, abiertas sobre el abismo.

Todas reaparecían: Isabel, Gudula, Ivona, Austraberta; todas las Muertas bien aventuradas, amadas por la Muerte, que las había librado de la vida, llevándoselas con un golpe de ala, muy jóvenes, en el pleno extásis de sus primeras alegrías. Había noches en que su vuelo blanco llenaba el castillo, como una vandada de palomas. La última era la madre del hijo de Monseñor, la que se había hallado tendida, sin vida, sobre la cuna de su hijo, hasta la cual se había arrastrado, enferma, para besarle, herida de muerte por la alegría de darle un beso.

Todas estas historias llenaban la imaginación de Angélica, que hablaba de ellas como de hechos ciertos, acaecidos la víspera había leído los nombres de Laura y de Balbina en viejas lápidas empotradas en las paredes de la capilla. ¿Y por qué no había de morir joven y feliz como ellas?

Las armas resplandecían, el santo salía de su vidriera, y ella se sentía arrebatada al cielo, en alas de un leve beso.

La *Leyenda* se lo había enseñado: ¿por ventura el milagro no es la regla común, la marcha ordinaria de las cosas? Existe en estado agudo y continuo. Obra con una facilidad extrema; á cada paso se multiplica, se muestra, se desborda, hasta por el gusto de negar las leyes de la naturaleza. Se vive al nivel del mismo Dios. Abagar, rey de Edeso, escribe á Jesús, y éste le contesta. Ignacio recibe

cartas de la Virgen. En diversos parajes la Madre y el Hijo aparecen, adoptan mil disfraces, hablan con el tono más bonachón y sonriente. Esteban les encuentra y les habla con gran familiaridad. Todas las vírgenes se casan con Jesús. Los mártires suben al cielo á unirse con María. En cuanto á los Santos y á los Angeles, son los habituales compañeros del hombre; van y vienen, pasan á través de los muros, se aparecen en sueños, hablan desde lo alto de las nubes, asisten al nacimiento, y á la muerte, sostienen el ánimo en los suplicios, libran de los calabozos, traen contestaciones, llevan recados. A su paso florecen innúmeros los prodigios. Silvestre ata la espantosa quijada de un dragón con un hilo. La tierra se levanta para servir de pedestal á Hilario, á quien sus compañeros quieren humillar. Cae una piedra preciosa en el cáliz de San Lupo, un árbol aplasta á los enemigos de San Martín, su perro lame á una liebre, y un incendio cesa cuando él lo manda. María Egipciaca anda por la superficie del mar. Moscas de miel brotan de la boca de Ambrosio, cuando nace. De continuo los Santos sanan los ojos enfermos, los miembros paralizados ó secos, la lepra y la peste especialmente. No hay enfermedad que resista á la señal de la cruz. En una gran masa de gente, los enfermos y los débiles son puestos aparte para ser curados en masa como por un rayo. Es vencida la Muerte: las resurrecciones son tan frecuentes, que pasan á ser sucesos cotidianos. Hasta cuando ya los Santos han entregado su alma al Creador, no cesan los prodigios, sino que crecen y son como las siemprevivas de sus tumbas. De los pies y de la cabeza de Nicolás surgen dos fuentes de aceite, remedio soberano. El ataúd de Cecilia desprende fragancia de rosas cuando se abre. El de Dorotea está lleno de maná. Todos los huesos de las vírgenes y de los mártires hacen prodigios, confunden á los mentirosos, obligan á los ladrones á restituir lo que han robado, atienden las súplicas de las mujeres estériles, dan salud á los moribundos.

Ya nada es imposible; reina lo invisible; el capricho de lo sobrenatural es la ley única. En los templos intervienen á veces los magos, y se ven hoces que siegan solas, serpientes de bronce que se mueven; se oye reir á estatuas de bronce y cantar á lobos. Pero en seguida responden los Santos y les hacen enmudecer: hay hostias que se transforman en carne viva, imágenes de Jesucristo que brotan sangre; palos plantados en tierra, que florecen; fuentes que surgen, panes calientes que se multiplican á los pies de los indigentes. Un árbol se inclina y adora á Jesús: hay también las cabezas cortadas que hablan, y los cálices rotos que se recomponen por sí mismos; y la lluvia que se aparta de la iglesia para inundar los palacios vecinos, y los vestidos de los solitarios que no se gastan, y que al empezar cada estación se renuevan como si fueran pieles de animales.

En Armenia los perseguidores arrojan al mar los ataúdes de plomo de cinco mártires, y el que contiene los despojos del apóstol San Bartolomé se pone á la cabeza, y los restantes le acompañan en escolta de honor, y todos en orden, como santa Armada, flotan lentamente, empujados por la brisa á través de los mares, hasta llegar á las playas de Sicilia.

Angélica creía firmemente en los milagros; en su ignorancia vivía rodeada de prodigios; el salir de las estrellas, la aparición de las violetas más sencillas, parecíanle cosa maravillosa. Creía que era locura imaginar en el mundo como una máquina gobernada por leyes fijas. Tantas cosas no comprendía, que se sentía como débil y perdida entre fuerzas cuyo poder le era imposible calcular y que ni siquiera hubiese sospechado sin los grandes alientos que á veces sentía pasar por su cara y refrescarla.

Cristiana de la iglesia primitiva, nutrida con lecturas de la *Leyenda*, se entregaba inerte en manos de Dios, con la mancha del pecado original que había que borrar;

no tenía libertad alguna; solo Dios podía salvarla enviándola la gracia. Y la gracia había sido llevarla á casa de los Hubert, á la sombra de la Catedral, donde vivía una vida de fé, de pureza y de obediencia. Sentía á veces rugir en si misma el mal hereditario; ¿quien sabe lo que hubiera sido en el país donde nació? Sin duda una mala mujer, mientras que ahora crecía llena de salud nueva, renovada en cada estación, en aquel rincón bendito. ¿No era esto la gracia, el medio aquél de los cuentos que se sabía de memoria, de la fé que había bebido, del "más allá" místico en que se bañaba; el medio de lo invisible, en el que el milagro era una cosa natural, al nivel de su existencia diaria? Aquel medio ambiente la daba armas para la lucha de la vida, al igual de la gracia que fortificaba á los mártires. Y luego, cuando lo quería, lo creaba; brotaba de su imaginación caldeada por las fábulas y por los deseos inconscientes de su pubertad, y se agrandaba con todo lo que no sabía.

Surgía de lo desconocido, que estaba en ella misma y en las cosas que la rodeaban. Todo salía de ella para volver á ella; el hombre que creaba á Dios para salvar al hombre: todo puro ensueño. A las veces se asombraba y se palpaba la cara, llena de turbación, dudando de su misma materialidad. ¿No era una apariencia que desaparecería después de haber creado una ilusión?

Una noche de Mayo, asomada á aquel balcón donde pasaba tan largas horas, rompió á llorar.

No sentía tristeza, sino una gran perturbación, algo como una espera, á pesar de que no tenía que venir nadie. La noche era muy oscura; el Cercado de María se ahondaba como un agujero de sombra, bajo el cielo acribillado de estrellas: no distinguía más que las masas tenebrosas de los viejos olmos del Palacio episcopal y del Palacio Voincourt. No brillaba más que la vidriera de la Catedral. Puesto que nadie había de venir, ¿por qué su corazón latía con tanta fuerza? Era una espera

que venía de muy lejos, del fondo de su juventud; espera que había crecido con la edad para ir á parar á aquella fiebre ansiosa de sus diecisiete años. Nada la hubiese sorprendido. Hacía algunas semanas que oía gemir voces en aquel rincón misterioso, poblado por su fantasía. La *Leyenda* había dejado en él su mundo sobrenatural de Santas y Santos; el milagro estaba ya á punto de acaecer.

Comprendía que todo se animaba, que las voces venían de las casas antes muertas; que las hojas de los árboles, y el agua del Temblón, y las piedras de la Catedral, la hablaban. Pero ¿qué anunciaban aquellos cuchicheos de lo invisible? ¿Qué querían hacer de ella las fuerzas ignoradas que le enviaban su aliento desde lo más allá, y flotaban en los aires? Se quedaba con los ojos fijos en las tinieblas, como esperando una cita que nadie la había dado; y esperaba, esperaba siempre, hasta rendirla el sueño, sintiendo que lo desconocido estaba decidiendo de su vida, fuera del alcance de su voluntad.

Cuatro días Angélica lloró así, en la noche sombría, y cuatro noches volvió, llena de esperanza.

Se sentía como envuelta por algo, y esto continuaba y aumentaba cada noche, como si el horizonte se estrechará y la oprimiera. Las cosas pesaban sobre su corazón; las voces ahora zumbaban dentro de su cráneo, y ya no las oía distintamente. ¿Era una toma de posesión lenta: toda la naturaleza, la tierra con el vasto cielo, que penetraba en su ser. Al menor ruido, sus manos ardían, sus ojos trataban de atravesar las tinieblas. ¿Era al fin, el milagro esperado? No; todavía nada: nada más, sin duda, que el batir de alas de algún ave nocturna. Y tendía de nuevo el oído, y percibía el lejano murmullo de las hojas, distinguiendo el de los olmos del de los sauces. Veinte veces un estremecimiento la conmovió de arriba abajo: era una piedra que caía en el arroyo, ó un animal errante que saltaba una pared. Se inclinaba desfallecida. Nada; todavía nada.

Al fin, una noche en que una oscuridad más tibia se desprendía del cielo sin luna, hubo un comienzo de algo. Temió engañarse, porque era algo muy ligero, casi insensible, un ruido pequeño, pero nuevo y distinto de los que ya conocía. Tardó en reproducirse; contuvo el aliento. Al fin se dejó oír más fuerte, pero siempre confuso: hubiera dicho que era el rumor lejano, apenas adivinado, de unos pasos: el temblor del aire que, sin sentirlo la vista ni el oído, delata la aproximación de algo. Lo que esperaba venía de lo invisible, y salía lentamente de todo lo que á su alrededor se estremecía. Poco á poco brotaba de su ensueño como una realización de los vagos deseos de su pubertad. ¿Era el San Jorge de la vidriera, que con sus pies silenciosos de imagen pintada pisaba las altas malezas para acercarse á ella? Precisamente la ventana palidecía, y no veía claramente al Santo, que parecía una nubecita purpurina, confundida, borrosa. Aquella noche no pudo saber más.

Pero al día siguiente, á la misma hora y en medio de la misma oscuridad, el ruido aumentó, se acercó un tanto.

No había duda: era un rumor de pasos, pasos de visión rozando el suelo. Se detenían, volvían á empezar, por aquí y por allá, sin que le fuera posible precisar el sitio donde sonaban. Quizá provenían del jardín de Voincourt; algún paseante nocturno, retrasado bajo los olmos. Quizá, y mejor parecía ésto, salían de los espesos macizos del Palacio episcopal, de las grandes lilas, cuyo violento olor anegaba su corazón. En vano escudriñaba las tinieblas; sólo el oído la advertía la proximidad del prodigio esperado, y también el olfato, con el perfume de las flores, que parecía que se le hubiese mezclado una respiración humana.

Durante muchas noches fué estrechándose el círculo de los pasos bajo el balcón; y los sintió adelantarse hasta la pared, á sus pies. Allí se detenían, y se hacía un gran silencio; y se sentía entonces del todo envuelta en

el abrazo lento y creciente de lo ignorado, que la hacía desfallecer.

Las noches siguientes vió aparecer entre las estrellas el delgado creciente de la luna; pero declinaba con el día que acaba y se escondía detrás del ábside de la Catedral, semejante á un ojo de claridad viva que el párpado oculta.

La seguía con la vista, mirando como se ensanchaba á cada crepúsculo, impaciente por verla como colosal antorcha que al fin iba á iluminar lo invisible.

Poco á poco, con efecto, el Cercado de María salió de la oscuridad con las ruinas del viejo molino, las ramas de árboles, el rápido arroyo. Y entonces, en plena luz, surgió la creación: lo que venía de un ensueño acabó por tomar la sombra de un cuerpo. Primero no advirtió más que una sombra borrosa, moviéndose bajo la luna. ¿Que era? ¿La sombra de una rama balanceada por el viento? Algunas veces todo se desvanecía, el campo dormía en una inmovilidad de muerte, y se figuraba que era pura alucinación.

Pero luego ya no había duda: una mancha de sombra había cruzado un espacio iluminado, deslizándose de un sáuce á otro. La perdía y la volvía á encontrar, sin poder nunca precisarla. Una noche parecióla ver la huida rápida de unas espaldas, y en seguida miró á la vidriera: estaba gris, como vacía, apagada por la luna que la iluminaba de lleno. Desde entonces notó que la sombra viva se alargaba, se acercaba á su ventana, avanzando siempre, de uno en otro agujero negro, entre la maleza, junto á la iglesia.

A medida que la sentía más cercana, una emoción creciente invadía su ser; era la sensación nerviosa que se experimenta al ser mirado por ojos misteriosos que uno no ve. A buen seguro, que abajo, entre las hojas, había alguien que la miraba. Sentía en la mano y en la cara la impresión física de sus miradas, largas, dulces y también tímidas. No se recataba de ellas, porque sentía que eran

puras, puesto que venían del país encantado de la *Leyenda* y su ansiedad primitiva se tornaba en turbación deliciosa, con la certeza de la dicha. Una noche, repentinamente, sobre la tierra blanca y bañada por la luna, la sombra se destacó con líneas francas y acentuadas; la sombra de un hombre que no podía ver, escondido tras de los sauces. El hombre no se movía, y Angélica contempló durante buen espacio de tiempo la sombra inmóvil.

Desde aquel día Angélica tuvo un secreto, y su cuarto, desnudo y encantado, muy blanco, estaba como lleno de él. Pasaba en él horas y horas, metida en la cama en que se hallaba perdida y pequeña con los ojos cerrados, pero sin dormir, viendo siempre aquella sombra inmóvil sobre la tierra radiante. Al amanecer, cuando abría los ojos, sus miradas iban al armario enorme, al viejo cofre, á la estufa de porcelana, á la mesita de lavarse, sorprendida de no hallar la silueta misteriosa que de memoria hubiese dibujado de un solo rasgo. Durmiendo la volvía á ver deslizándose entre los apagados ramos pintados de las cortinas. Despierta, lo mismo que soñando, la veía. Era una sombra compañera de la suya; tenía dos sombras á pesar de ser ella sólo, con su ensueño.

A nadie confió su secreto, ni siquiera á Hubertina, á la cual hasta entonces nada había ocultado; y, cuando la hacía preguntas, asombrada ante aquella inexplicable alegría, se ponía muy encendida, y contestaba que la primavera, que se había adelantado, era la que la ponía alegre.

Desde la mañana hasta la noche zumbaba como una mosca embriagada con los primeros soles. Las casullas que bordaba nunca habían resplandecido con tanto brillo de seda y oro. Los Hubert, sonrientes, creían simplemente que era la salud y la primavera lo que la ponía así. Su alegría crecía á medida que se acercaba la noche, y, cuando aparecía la luna, cantaba: al llegar la hora se asomaba al balcón y veía la sombra. Durante todo el

cuarto de luna la halló exacta á la cita, erguida y muda, sin saber nada más, ignorando quién era. ¿No sería más que una sombra, nada más que una apariencia, quizá el Santo que había desaparecido de la vidriera ó, bien, el ángel que antaño había amado á Cecilia y que venía á amarla á ella?

Esta idea la ponía orgullosa y le era muy agradable, como si fuese una caricia que viniese de lo invisible. Pero luego sintió impaciencia por saber más y volvió á empezar la espera.

La luna, ya llena, alumbraba todo el Cercado de María; al llegar al cenit, los árboles, con la luz blanca que caía verticalmente, no tenían sombra, parecidos á fuentes de las que brotaban mudas claridades. Todo el campo se bañaba de luz; una ola luminosa, límpida como el cristal, lo invadía, y su brillo era tan penetrante que hasta se distinguía el fino recorte de sombra que en el suelo producían las hojas de los sauces.

El menor soplo del aire parecía que rizaba aquel lago de rayos de luna, dormido en su paz soberana, entre los grandes olmos de los jardines vecinos y la masa gigantesca de la Catedral.

Así pasaron dos noches, cuando á la tercera, al asomarse, Angélica sintió en el corazón un golpe violento. En medio de la claridad viva le vió de pie, vuelto hacia ella. Su sombra, al igual que la de los árboles, se había replegado bajo sus pies: había desaparecido.

No se le veía más que á él, muy distinto, y á aquella distancia le veía como si fuese día claro: tendría como veinte años, y era rubio, alto y delgado. Se parecía al San Jorge ó á un Jesús soberbio, con su pelo rizado, su barba naciente, su nariz recta, un poco grande, y los ojos negros, de una dulzura orgullosa.

Le reconoció perfectamente: nunca le había visto de otra manera: era él, y tal como le esperaba. Al fin se acababa el prodigio, y la lenta creación de lo invisible se resolvía en aquella aparición viva. Salía de lo desconocido,

del vago estremecimiento de las cosas, de las voces murmuradoras, de los juegos movientes de la noche, de todo lo que sentía que la rodeaba y estrechaba, hasta hacerla desfallecer. Y le parecía verle á dos pies de la tierra, sobrenatural como una aparición, rodeándole por todas partes el milagro, y flotando en el lago misterioso de la luna, Tenía por escolta el pueblo entero de la *Leyenda*, los Santos cuyos palos florecen, y las Santas por cuyas heridas brota leche. Y el vuelo blanco de las vírgenes hacía palidecer las estrellas.

Angélica le miraba, y él levantó los brazos, y se los tendió abiertos.

No por esto se asustó Angélica, y le miró sonriendo.



V

Era cosa importante la colada que cada tres meses hacía Aubertina; había que alquilar una mujer, la señora Gabet, y durante cuatro días nadie se acordaba de bordar. La misma Angélica tomaba parte en ella, divirtiéndola el enjabonar la ropa y lavarla en la clara corriente del Temblón. Después de la colada se tendía la ropa en el Cercado de María, pasando por la puertecilla de comunicación. Allí pasaban el día, al aire libre y bañadas por el sol.

—Madre, ahora voy á lavar yo. Esto me divierte mucho.

Y riéndose á carcajada tendida, remangado el vestido hasta los codos, blandía la paleta y daba con toda su alma, llena de la alegría y de la salud del rudo trabajo que la salpicaba de espuma.

—Esto me fortalece los brazos y me hace mucho bien, madre.

El Temblón cortaba el Cercado diagonalmente: por un lado, dormido y silencioso; más allá muy rápido, formando torbellinos en una pendiente pedregosa. Salía del jardín del Palacio episcopal por una especie de vano abierto al pie del muro, y desaparecía al otro extremo del Cercado, en el ángulo del hotel Voineourt, por una especie